

Resúmenes de las ponencias y comunicaciones del Congreso Internacional de Catequesis

Traducciones a cargo del Secretariado de Catequesis de la CEE

Primera ponencia. Dios busca al hombre y se revela

Petric Willey. Director adjunto del Instituto Maryvale (Birmingham, Inglaterra)

Dios nos busca para revelarse a sí mismo Su Revelación es *comunicación*; es Dios mismo comunicándose con nosotros. La catequesis es la preciosa obra de la Iglesia para transmitirnos esta revelación. A través del *Catecismo de la Iglesia Católica*, la Iglesia ha hecho accesible a todos una perla de gran valor, una síntesis de la Buena Noticia de la Santísima Trinidad que nos busca y nos encuentra. Para explicar la obra de la Revelación, esta conferencia se centra en una palabra griega del Nuevo Testamento, en griego, *parresia*. Esta palabra está bellamente explicada en el número 2778 del *Catecismo*.

Parresia describe, sobre todo, el modo de comunicarse de la Santísima Trinidad. Cuando nos unimos a Cristo, él mismo nos enseña a través de la Iglesia y el Espíritu Santo nos guía para hablar con «nuevo ardor» y con la valentía renovada necesaria para la nueva evangelización; esto es *parresia*.

En el camino a Emaús, vemos como la predicación de Jesús está unida a la liturgia. Jesús abre los ojos de sus discípulos que percibiera la realidad y para que pudieran hablar con valentía sobre lo que habían vivido. Así, en la liturgia se hace presente la plenitud del plan amoroso de Dios.

A través de ella también podemos aprender esta *parresia* para salir y proclamar la Buena Nueva con esta «humilde audacia» de los verdaderos hijos de Dios.

Segunda ponencia. La Iglesia, primer sujeto de la fe

Manuel José Jiménez Rodríguez. Capellán de la Universidad Nacional de Colombia y Asesor del departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal Colombiana (Bogotá, Colombia)

Hoy, con nuevo vigor y nueva urgencia, resuena en la Iglesia católica la llamada a una nueva evangelización. Hoy es necesario transmitir la fe y darle un empuje catequético desde una doble convicción: «Uno no nace cristiano, se convierte en cristiano»; «Uno no nace en la Iglesia, la elige».

La celebración del *Año de la fe* y la encíclica *Lumen fidei* del papa Francisco nos invitan a realizar un serio diagnóstico sobre la situación de la fe y en cómo se está educando en ella. Esto nos lleva a plantear uno de los muchos problemas de la catequesis de hoy: «creer sin pertenecer», lo que también puede expresarse como «creer pero no eclesialmente». De esta forma entre en crisis la expresión clásica «Creo en lo que cree la Iglesia».

Es urgente mostrar que «la fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, que no es una relación exclusiva entre el “yo” del fiel y el “Tú” divino, entre un sujeto autónomo y Dios (...) no puede ser una mera confesión que nace del individuo» (LF 39). La fe cristiana «no es algo privado, una concepción individualista, una opción subjetiva» (LF 22).

La constitución dogmática *Dei Verbum* (DV 2-5) y el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE 50-175) hablan de la fe como un don de Dios a la vez que de un acto personal y un acto eclesial. Esto significa que la fe «tiene sus propias fronteras» en tres realidades: en el mismo Dios, en quien o a quien se cree; en el acto humano de creer, en sentido libre y racional; y en que es en la Iglesia donde uno recibe, vive y celebra la fe. La fe es un don de Dios y una respuesta libre, pero no es un acto aislado. La fe es un acto eclesial. Es la Iglesia la primera que cree. Es la Iglesia la primera que confiesa al Señor en todas partes y con ella y en ella somos invitados y llamados a profesar: «creo», «creemos». La profesión de fe es un acto personal y comunitario, pero en realidad el sujeto original es la Iglesia, y desde el principio, nuestra profesión de fe personal se inscribe en la profesión de fe de la Iglesia.

Ser cristiano significa insertarse –de un modo libre y personal– de la fe del Pueblo de Dios que nos ha sido transmitida de generación en generación. Por lo tanto, estamos llamados a profesar la fe no solo en un sentido personal e individual, sino también en un sentido eclesial. Dado que la fe cristiana es fe eclesial se trata de una fe que nos es dada. De hecho, nadie se ha dado nunca la fe a sí mismo. El creyente recibe la fe de otra persona. Nosotros recibimos la fe de la Iglesia. Ya que es la Iglesia la primera que cree, la fe de la Iglesia precede la fe de cada creyente. Por lo tanto, la fe nace en la Iglesia, nos lleva a ella y vive en ella.

La catequesis tiene la tarea de poner el fundamento al sentido eclesial de la fe. Dado que la fe cristiana es una fe eclesial, la Iglesia ofrece a la catequesis el misterio de Cristo tal y como es creído y profesado por el pueblo de Dios en su ambiente vital, es decir, por las comunidades cristianas que, unidas en comunión, la constituyen. La Iglesia también da a la catequesis un objeto, que consiste en hacer del catecúmeno un miembro activo de la vida y la misión de la Iglesia. La función principal de la catequesis es «el servicio a la unidad de la confesión de la fe». El proceso catequético debe ser comprendido y realizado como un verdadero acto que empieza desde la fe de la Iglesia, que transmite la fe a los catecúmenos y que vuelve siempre a la fe de la Iglesia. Esto convierte a la Iglesia en sujeto de la catequesis en cuanto a origen, lugar y meta de la misma.

Tercera ponencia. Memoria fidei: el dinamismo del acto de fe

Pierangelo Sequeri. Decano de la Facultad de Teología del Norte de Italia (Milán, Italia)

La *memoria Iesu* es el primer y más básico elemento constitutivo de la *memoria fidei* de la Iglesia, transmitida de generación en generación y proclamada hasta los confines de la tierra: en la confesión de fe, en la celebración de los sacramentos, en el camino de los mandamientos y en la oración incesante (cf. *LF* 40. 45-46). Es imposible compartir y comunicar la fe cristiana en Dios sin ligarla a la memoria evangélica de Jesús y a la memoria apostólica de la fe en Él (cf. *DV* 5-6).

1. La *memoria Iesu* como principio y norma: la Revelación como acontecimiento que forma parte de la fe apostólica.

Damos testimonio del acontecimiento, no solo proclamándolo, sino también en la profesión del credo. La *memoria fidei* continúa reavivando la percepción de la sobreabundancia de Dios en la historia y reabre el sentido universal del origen y destino común de todos los

hombres (LG 9). El libro de Joseph Ratzinger (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret*, retoma el ejercicio cristiano de la correlación entre fe, razón y narración.

2. La *memoria fidei* como argumento de la lealtad intelectual y de la coherencia teológica de la *didaskalia*.

Desde la óptica de la *memoria fidei*, no se ocultan ninguno de los puntos clave entre la manifestación histórica y la pretensión cristológica de la revelación (cf. *Lc 24*, 13-35). Pero al mismo tiempo, estos puntos cruciales aparecen como pasos necesarios que deben –y pueden– ser reconocidos y apreciados como portadores de un significado inédito y radical de la manifestación de Dios.

3. El Evangelio escrito como *elemento metodológico* para establecer la correlación entre la historia de Jesús y el acceso a la fe.

La *memoria fidei* enseña a reconocer con qué fuerza el «acontecimiento» de Cristo sostiene nuestra fe en propia historia de la Iglesia. Reflejo aquí el carácter problemático de la ausencia de una historia eclesial de la evangelización en la catequesis. Por decirlo sin rodeos, es como si la catequesis de hoy hubiera descubierto los evangelios pero no hubiera llegado todavía a los Hechos de los Apóstoles.

4. Memoria, *didaskalia*, profecía. El ejercicio de la sabiduría en el *sensus fidei* respecto a la venida de Dios a la historia.

La transmisión de la fe y la purificación de la religión deben ser más transparentes –con signos y parábolas– el vínculo profundo entre Dios y el origen y el destino de la humanidad. Ya no podemos limitarnos a repetir la historia en un lenguaje familiar solo para nosotros: debemos encontrar palabras de vida eterna no una jerga de supervivencia. Aún más, no podemos olvidar la fe apostólica, sin la cual seríamos simplemente una provincia ideológica dentro de un imperio secular.

Cuarta ponencia. *Entre traditio y redditio fidei.* *Nuestro «sí» a Dios*

Robert Dodaro. Decano del Institutum Patristicum Augustinianum de la Universidad Pontificia Lateranense (Roma, Italia)

Para afrontar la pregunta de cómo se puede equilibrar el respecto por la Tradición de la Iglesia con un método y un lenguaje adaptados a los tiempos y culturas en que vivimos, esta ponencia propone dos aplicaciones de la doctrina retórica griega y latina de la «propiedad lingüística», una técnica empleada sistemáticamente por los primeros Padres de la Iglesia. La primera aplicación se refiere al equilibrio entre los términos tradicionales bíblicos y doctrinales, y las formulaciones y acomodación de este lenguaje a las personas que eran evangelizadas y catequizadas (inculturación teológica). San Hilario de Poitiers y san Agustín se citan como ejemplos de esta acomodación durante el periodo patristico. En este sentido, el discurso del beato papa Juan XXIII en el Concilio Vaticano II *Gaudet mater ecclesia* (11 octubre 1962) es significativo, pues enfatiza la doble perspectiva de la propiedad lingüística en la actualización del modo en que la doctrina de la Iglesia antigua y moderna es representada a la gente de nuestro tiempo.

Esta tarea catequética de la acomodación de la enseñanza inmutable de la Iglesia a las condiciones actuales de las gentes de hoy, *redditio-receptio fidei*, también se examina, a la luz de un segundo reto para la propiedad lingüística, a saber, la superación de la influencia sutil, manipuladora y retórica de los medios de comunicación que distorsionan de forma preventiva el mensaje cristiano. Los medios modernos, particularmente algunas series de televisión occidentales muy populares, consiguen presentar la enseñanza católica, especialmente la relativa a los temas éticos, como fría, severa e indiferente hacia las personas que hoy en día se encuentran en circunstancias éticamente difíciles. Las opciones anticristianas y estilos de vida alternativos son representadas rutinariamente en los medios como si fueran más **«apropiadas» para las condiciones** de vida predominantes en las sociedades occidentales de hoy en día. En continuidad con los Padres de la Iglesia, los pastores y catequistas deben entender las técnicas con las que se producen estas falsas representaciones de la enseñanza católica. Solo entonces los pastores y catequistas podrán encontrar un lenguaje apropiado para el mensaje católico y comunicar con éxito a Dios como amor.

Primera comunicación. *Credibilidad de la fe: la relación entre fe y razón en la transmisión de la fe*

Krzysztof Kaucha. Profesor de Teología Fundamental en la Universidad Católica de Lublin (Polonia)

Esta comunicación trata principalmente dos aspectos.

1. La relación entre fe, razón y ciencia

Fe y razón se necesitan mutuamente y se sostienen la una a la otra. La fe no es irracional, no omite la razón ni la destruye. La fe cristiana no es un producto natural de la razón humana, pero siempre estimula a la razón para abrirse y mirar más allá de lo que la sola razón puede ver.

La Iglesia católica le debe mucho a la ciencia y a los científicos y valora su genialidad. La buena ciencia hace mejor la vida de muchas personas: cuidados médicos, producción de alimentos, confirmación de la autenticidad de la Sábana Santa, confirmación de curaciones milagrosas. Todo ello es producto de la buena ciencia.

La ciencia auténtica no está en conflicto con el catolicismo. La ciencia es una forma de conocimiento que tienen su propia lógica y dignidad. La ciencia quiere conocer mejor el lado material de la naturaleza, mientras que la fe es una respuesta personal y activa a la Revelación de Dios que se ha cumplido en Jesucristo. Su credibilidad tiene muchas razones y algunas de ellas son confirmadas por los científicos que investigan la naturaleza.

Puede ocurrir que la ciencia y la fe entren en conflicto. Esto sucede cuando la ciencia –o más a menudo la filosofía o la ideología que utilizan datos científicos– va más allá de sus competencias y niega las creencias religiosas simplemente porque no se comprenden correctamente. Algunas veces el conflicto entre ciencia y fe ocurre cuando la ciencia aplicada transgrede las normas morales. También es verdad que el conflicto puede ser originado por el fundamentalismo religioso.

2. La explicación del beato Juan Pablo II la creciente secularización.

Juan Pablo II era consciente del fenómeno del crecimiento de la secularización, especialmente en occidente. Esto constituye hoy uno de los muchos obstáculos para la transmisión de la fe. Él sabía que este fenómeno era explicado por algunos como la prueba fehaciente de que la fe cristiana está llegando a su fin.

Según Juan Pablo II, la secularización parece haber crecido solamente en el mundo occidental y es, más bien, la prueba de su crisis cultural y ética. Es la crisis del hombre, de su visión y de su vocación. La mirada de la humanidad se ha vuelto uni-dimensional, materialista, o lo que es peor, no existe una verdadera visión del hombre a causa del relativismo moderno. Esta es la razón de que tanto hombres estén sufriendo en la actualidad, e incluso de que no conozcan el verdadero porqué de su sufrimiento espiritual, y de que estén buscando algo o alguien que pueda ser la Roca firme de su ser, la Roca en la que se fundamenta la dignidad de la persona humana y la Roca que da credibilidad a la esperanza de que cada vida humana está llamada a la plenitud después de la muerte.

Según la enseñanza de Juan Pablo II, no es la fe de la Iglesia la que necesita renovarse –incluso aunque los miembros de la Iglesia siempre necesitan ser testigos creíbles de la fe–, sino que es la cultura occidental la que necesita ser renovada, necesita un nuevo espíritu, una esperanza segura para poder sobrevivir. Esta es la oferta propia de la fe cristiana y su visión del hombre resulta atractiva para todos los tiempos y todas las culturas; ofrece un sentido pleno de la vida humana, responde completamente a toda pregunta existencial y da al hombre una clara vocación: seguir a Jesús, el más creíble Maestro y testigo de la fe, seguir su Evangelio, seguir la fe de su Iglesia para tener una vida en plenitud.

Segunda comunicación. *Por una pedagogía del acto de fe*

Jem Sullivan. Profesor de Catequética en la Facultad de Teología de la Casa Dominicana de Estudios (Washington, DC, EE.UU.)

«La catequesis, en cuanto comunicación de la Revelación divina, se inspira radicalmente en la pedagogía de Dios tal como se realiza en Cristo y en la Iglesia, toma de ella sus líneas constitutivas y, bajo la guía del Espíritu Santo, desarrolla una sabia síntesis de esa pedagogía, favoreciendo así una verdadera experiencia de fe y un encuentro filial con Dios»¹.

Esta breve presentación nos dirige hacia tres cuestiones fundamentales. La primera cuestión es qué supone una teoría o un método educativo adaptado al acto de fe. La segunda: qué es la « pedagogía original de la fe » para que sea vital para el discernimiento y la aplicación de los principios educativos en la catequesis. Y tercera: cómo puede la recuperación de la « pedagogía de Dios, la pedagogía de Cristo, y la pedagogía de la Iglesia »

1 Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, 143.

servir para la renovación del ministerio catequético de la Iglesia en la medida en que dicha recuperación sostenga y promueva la nueva evangelización. Estas preguntas serán discutidas a la luz de la convicción de que « Cuando se habla de pedagogía de la fe, no se trata de transmitir un saber humano, aun el más elevado; se trata de comunicar en su integridad la Revelación de Dios»².

La tarea de discernir los métodos catequéticos apropiados para el acto de fe se apoya en diversas áreas del conocimiento humano. La adaptación y aplicación de los avances en las ciencias educativas y pedagógicas y en los métodos y teorías de la comunicación es un proceso en marcha para los catequistas. A lo largo de los siglos la Iglesia, como madre y maestra, nos ha transmitido, y continúa haciéndolo, teorías educativas y métodos catequéticos entregados por los obispos, sacerdotes y laicos catequistas, comenzando por la edad de oro de la catequesis en la era patristica hasta nuestros días.

El *Directorio General para la Catequesis* nos presenta, de una manera normativa, los principios metodológicos que invitan, nutren y sostienen el acto de fe. «En la transmisión de la fe, la Iglesia no tiene de por sí un método propio ni único»³. Al contrario, «a la luz de la pedagogía de Dios, discierne los métodos de cada época». De este modo, «la variedad en los métodos es un signo de vida y una riqueza, y a la vez una muestra de respeto a los destinatarios». **Métodos educativos diversos son requeridos** y demandados por la variedad de «la edad y el desarrollo intelectual de los cristianos, su grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales». La secularización de la sociedad, la predominante visión relativista del mundo y una perspectiva materialista de la vida son entre «los signos de los tiempos», esa llamada a una nueva aproximación educativa.

Esta breve presentación expondrá los principios pedagógicos generales para el acto de fe que involucre a la persona en un «diálogo de salvación» a través del cual la fe sea iniciada, alimentada y profundizada dentro de la comunidad y de la vida sacramental de la Iglesia. La Revelación de Dios inspira no solo el contenido de la catequesis, la Revelación guía también la aplicación de los principios educativos en diversos contextos catequéticos. Las teorías de la educación sirven al acto de fe en la medida en que favorecen la transmisión del contenido de la Revelación y ayudan a la conversión continua a Dios.

2 Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, 58.

3 *DGC* 148.

A la luz de la «pedagogía original de la fe», esta presentación propone tres principios pedagógicos para el acto de fe: una pedagogía teocéntrica, una pedagogía cristocéntrica y una pedagogía eclesial. La comunicación concluye con el papel indispensable del testimonio personal, fiel, alegre y humilde del catequista que enriquece, de una manera profundamente humana, la aplicación concreta de las teorías y métodos educativos en la catequesis.

Tercera comunicación. En el río de la “*Traditio Verbis*”: armonía entre Escritura, Tradición y Magisterio

Alberto Franzini. Párroco en Cremona, Italia

1. La naturaleza de la Revelación

Según *Dei Verbum*, la Revelación consiste sobre todo en la relación dialógica, que Dios ha establecido con el hombre, con el fin de comunicarse a sí mismo y de dar sentido pleno a la vida humana. La Revelación es solo *verbis* (comunicación de verdad), sino también *gestis* (eventos), profundamente unidos entre sí.

2. Revelación e Iglesia

«Dios, con la suprema benignidad, dispuso que todo cuanto Él había revelado para la salvación de todas las naciones, permaneciese siempre íntegro y fuese transmitido a todas las generaciones» (DV 7). La Revelación y su transmisión, es decir, el *momento fundante* y el *momento de transmisión*, no son dos procesos yuxtapuestos extrínsecamente: si existe una historia de la Revelación, entonces existe también una historia de la fe, esto es, la aceptación por parte del hombre de esta Revelación. Tal historia coincide con la totalidad de la vida eclesial.

3. Tradición y Escritura

La Tradición y la Escritura no son tan solo dos *fuentes documentales* de la Revelación, sino que son dos testimonios, insertos vitalmente en el organismo eclesial, que anuncian y actualizan la Revelación de Dios. Si la Escritura «es Palabra de Dios en cuanto es puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo», entonces la Tradición «transmite integralmente la Palabra de Dios» (DV 9). Ambas, siendo formalmente dos modalidades

distintas de transmisión de la Revelación, «están entre ellas estrechamente conjugadas y comunicadas, porque manan de la misma divina fuente, forman en cierto modo una sola cosa y tienden al mismo fin». Este es el motivo por el cual «una y otra deben ser escuchadas y veneradas con igual sentimiento de piedad y respeto» (DV 9).

La Escritura sin la Tradición es letra muerta, es documento de archivo. La Tradición sin la Escritura pierde su raíz inspirada y corre el riesgo de ser solo una obra humana, fácil presa de las modas y de las ideologías de cada tiempo.

4. Iglesia y Magisterio

Si la Revelación fue confiada a la Iglesia entera (cf. DV 10), el Magisterio –confiado a los legítimos pastores– representa la instancia objetiva que garantiza la recta transmisión de la Revelación, poniéndola con autoridad al resguardo de los peligros de la manipulación, de la falsificación, de la subjetivización y de la instrumentalización ideológica como demuestra la historia de la fe.

En particular, podemos resumir las tareas del magisterio según dos instancias fundamentales:

- la *regulación lingüística*: como en cada proceso de conocimiento, también en la Iglesia tiene la necesidad de una instancia de regulación del lenguaje, con el fin de que la expresión de la verdad prevalezca ante posibles falsificaciones y ambigüedades;
- la *unidad de la fe y en la fe*: si la fe no es solo un don personal, en cuanto que introduce a la persona en una comunidad y en una historia, de esto se deriva que la recepción de la fe y su anuncio no pueden ser dejados al arbitrio del sujeto, sino que son actos eclesiales. De aquí nacen los símbolos de la fe y las definiciones dogmáticas, que realizan la exigencia de la *confesión comunitaria de la fe*.

Cuarta comunicación. Recepción del Catecismo de la Iglesia Católica en la catequesis. Experiencias y criterios para la recepción completa

Joël Molinario. Teólogo y Director adjunto del Instituto Superior de Pastoral Catequética (París, Francia)

El papa Benedicto XVI en *Porta fidei* y posteriormente el papa Francisco han situado en un mismo horizonte el vigésimo aniversario del *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE), la celebración de los cincuenta años desde la apertura del Concilio Vaticano II, así como el Sínodo sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana de octubre de 2012.

El Concilio Vaticano II, el *Año de la fe*, el Sínodo sobre la nueva evangelización y el CCE componen una unidad que permite comprender y recibir mejor el CCE dentro de la acción catequética de la Iglesia. E CCE no es un documento que pueda ser aislado de la vida de la Iglesia.

1. El CCE y el Vaticano II

El CCE es el Catecismo del Vaticano II. Es importante explicar que dentro de la propia Iglesia el Catecismo sufre de la incompreensión debido a la imagen negativa que arrastra desde el siglo XIX y en los comienzos del siglo XX. Esta época vio el florecimiento de muchos catecismos polémicos que presentaban la fe desde una perspectiva intelectual, como la suma de conceptos a saber y acciones a realizar en sumisión a la Iglesia. Sin embargo, esta tendencia no recogía el modo en que el *Catecismo del Concilio de Trento* había sido concebido por Carlos Borromeo (santo patrón de los catequistas) según escribió en su prefacio. El Catecismo se presentó como un instrumento para suscitar el deseo de conocer a Jesucristo basándose en la teología bautismal. Cuando el Sínodo de 1985 pidió redactar un Catecismo universal, el papa Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger tomaron como referencia el Concilio de Trento y el Concilio Vaticano II, no los catecismos del siglo XIX. Este hecho es importante tenerlo en mente para acoger el CCE y para comprender por qué el catecismo se abre con dos capítulos que vuelven a proponer la teología desarrollada en *Gaudium et Spes* y en *Dei Verbum*: el deseo de que Dios está en lo profundo del corazón del hombre y la revelación que se cumple plenamente en Jesucristo.

2. El CCE y el Año de la fe

Benedicto XVI en *Porta fidei* escribe: «Existe una profunda unidad entre el acto de fe y los contenidos a los cuales damos nuestro asentimiento». La fe es apertura del corazón al don de Dios y fidelidad a las palabras de Dios a través de la confesión de los labios. El conocimiento de la doctrina es pues insuficiente, precisa Benedicto XVI, sin la apertura del corazón que convierte a la persona (cf. *PF* 10). La fe de la cual habla el CCE no es un don abstracto en sí mismo. El conocimiento del que habla el CCE es una estructura que armoniza la fe profesada, la fe celebrada, la fe practicada y la oración; cuatro partes del CCE que conducen al encuentro con Cristo. Así, el lenguaje dogmático no se opone al lenguaje de la experiencia creyente.

3. El CCE y la nueva evangelización

El papa Francisco en *Lumen fidei* habla del dinamismo de transformación propio del bautismo. Esto ayuda a comprender la importancia del Catecumenado y adquiere una importancia singular para la nueva evangelización. Esta conexión entre el Catecumenado y nueva evangelización es también palpable en el CCE. Las cuatro partes del CCE tienen su origen en el Catecumenado: ritos y sacramentos, moral y conversión, entrega del credo y del padrenuestro. Las partes no responden a un programa para aprender, sino más bien son comparables a faros o balizas que orientan a los marineros durante sus travesías. Porque la finalidad del CCE sigue siendo, como decía Carlos Borromeo, suscitar el deseo de encontrar a Jesucristo.